

materiales. Al principio de este reinado se habian realizado apenas los primeros ensayos, tímidos todavía, de la aplicación del vapor á la locomoción terrestre y marítima; los buques de vapor, en todos los puertos de la Gran Bretaña, no pasaban de 315, con una cabida total de 33,441 toneladas, y al fin del reinado contábanse 600 buques de vapor con 67,969 toneladas, y todas las grandes ciudades del reino estaban unidas por vías férreas. La situación de la clase obrera habia mejorado notablemente, y el comercio y la industria con su actividad, ilustración é instrucción inseparables, habian llegado á ser el elemento principal y mas poderoso de la sociedad, como antes lo habia sido la propiedad territorial en manos de la nobleza; de modo que la política se veía mas y mas obligada á atender á aquella potencia nueva mas que á la antigua.

En 20 de junio de 1837 murió Guillermo IV sin sucesión directa y la corona del imperio británico pasó á su sobrina Victoria, que á la sazón contaba diez y ocho años. A la edad de cuatro meses habia perdido á su padre, el duque de Kent, otro hijo del rey Guillermo III, y habia sido educada por su madre, princesa de Sajonia, alejada del ruido y vicios de la corte. Con su reinado empieza un nuevo período de la historia de Inglaterra.

CAPITULO II

SITUACION INTERIOR DE FRANCIA

Las esperanzas exuberantes de un gran renacimiento político de la Francia, que habia hecho concebir la revolución de julio, se convirtieron en un grandísimo desengaño cuando la gente se preguntó en qué se diferenciaba la nueva era de la anterior, sin que nadie acertara á contestar satisfactoriamente á esta pregunta. Guizot habia dicho á los pocos meses en la cámara para tranquilizar á los que temian consecuencias fatales del cambio habido: «No se ha hecho mas que cambiar de dinastía.» Lo que faltaba saber era si esta dinastía era mas sólida que la anterior, víctima de la incompatibilidad de dos partidos extremos irreconciliables y sin término medio posible. ¿Seria mas sólida la dinastía fundada por la voluntad del pueblo que la restablecida en el trono por los enemigos vencedores de la Francia? Para una y otra, su origen fué la causa de su ruina. La nueva monarquía, aceptada por el pueblo en el palacio del ayuntamiento, aunque sin ser aprobada formalmente por él, careció desde el primer día de raíces robustas para resistir á los embates de los elementos y desarrollarse sana y vigorosa; le faltaba la majestad del derecho tradicional de sucesión legal, y á falta de esto, la majestad del voto popular. Las personas que antes habian sido sus amigos y conocidos no podian aprender, de la noche á la mañana, á mostrarle la veneración debida á una cabeza coronada, y por otra parte, cada francés sabia que el rey debia la corona que llevaba á la buena voluntad del pueblo soberano, del cual, por lo mismo, el nuevo rey era servidor y no amo con autoridad para mandar. Escapándose un día á uno de los ministros en la cámara la palabra «súbditos,» levantóse una tempestad en la sala y se le dijo: «¡Nosotros hemos hecho al rey! ¡ya no hay súbditos, el pueblo soberano no puede componerse de súbditos!»

Metternich fué el que menos ilusiones se hizo acerca de la fuerza de la nueva monarquía, como se infiere del siguiente trozo de una carta que escribió en 13 de octubre de 1830: «Luis Felipe se encuentra desde su subida al trono en una posición insostenible, pues que la base de su autoridad la forman solamente teorías vanas... A su trono falta lo que tuvieron todos los gobiernos habidos en Francia desde 1792 hasta 1801, á saber, el voto del pueblo, y por otro lado,

carece también del derecho histórico, apoyo formidable; carece de la fuerza del pueblo, que tuvo la república, y de la gloria militar que sostuvo al imperio; le faltan en fin el número y el brazo de Napoleón, y la fuerza de los principios de los Borbones. Su duración dependerá del acaso.»

Para Metternich el trono rodeado de instituciones republicanas no era un trono, sino, como él decia, un asiento vulgar de madera que no oculta siquiera á la vista el material basto de que está hecho (1).

Si el nuevo rey de Francia hubiese sido un genio poderoso é imponente, habria quizás inspirado respeto instintivo á los franceses y reanimado su sentimiento dinástico, pero aunque eran muchas las cualidades apreciables que reunia Luis Felipe, le faltaban por desgracia las que mas irresistiblemente cautivan á los franceses. Era excelente padre de familia, económico, intachable en su vida privada, y á estas virtudes que no brillan, ni menos deslumbran, añadía las que dan la desgracia, las privaciones y el destierro. Ante todo, pensaba en sí y en los suyos, aprovechando la buena ocasión que la fortuna le habia deparado, aguardándola en silencio y con paciencia y calma imperturbables hasta que se presentara, de modo que en esto rayaba su conducta en la duplicidad. Sus costumbres eran sencillísimas y formaban ya en tiempo de la restauración un contraste demasiado disonante con el lujo y la rígida etiqueta de la corte. Habíase visto entonces á Luis Felipe paseando á pié por las calles, vistiendo gabán como otra persona cualquiera, y con su paraguas debajo del brazo, de suerte que cuando rey, no pudo acostumbrarse nadie á ver en él mas que un caballero particular, cuya sencillez parecia afectada y se prestaba hasta al ridículo. Faltábale por completo el carácter caballeresco, deslumbrador y teatral que tanto impone al pueblo francés, y este, al pensar en su rey ciudadano, prosaicamente práctico y económico, no podia defenderse de cierto sentimiento de mal humor. Le repugnaba la llaneza del rey, que le parecia calculada para captarse de un modo grosero popularidad á falta de otra base segura. La verdad es que la monarquía de Luis Felipe jamás echó raíces hondas en la nación, y la fidelidad de sus servidores y amigos mas adictos fué siempre mas efecto de la reflexión y del cálculo que del sentimiento y del entusiasmo. Entre el rey luchando constantemente por su posición contra partidos extremos, antagonistas é irreconciliables, y la nación, que veía sin quererlo en el monarca un usurpador desleal y poco noble, no habia verdadera atracción posible. Sin ser codicioso, habia aprendido Luis Felipe en el ostracismo el valor de la riqueza, y para asegurar este poderoso recurso á sus hijos y librarlos de la miseria que él habia sufrido, llevó la economía y la prevision utilitaria demasiado lejos, perjudicando al lustre de la corona, porque hasta retardó el pago de deudas para tener mas tiempo el dinero á interés, ni jamás dejó dinero improductivo en el arca. Un rey tan interesado, que al revés de los reyes antiguos no mezclaba su hacienda propia con la de la corona ó del Estado, prefiriendo hacer donación, antes de subir al trono, á sus hijos de sus bienes particulares, que subian aproximadamente á cien millones de francos, reservándose sin embargo el usufructo, en lugar de confundir este tesoro con los bienes nacionales; un rey que tan abiertamente mostraba su desconfianza en la nación, en su posición y en la duración del nuevo orden de cosas, hería el orgullo nacional, rebajaba la dignidad real al nivel de otro empleo cualquiera y no podia nunca esperar verdadero entusiasmo del pueblo francés.

Peor impresión causó el asunto de la herencia del anciano duque de Condé, último vástago de su raza, que fué encon-

(1) *Papeles póstumos*, tomo IV, págs. 61, 86 y 165.